

APÉNDICE

“Oreco”, de Jean Cocteau

He releído ahora, en Toledo, un libro que desde largos años dormita en mis estantes: «Poésie», de Jean Cocteau (1).

Releer un libro después de mucho tiempo, cuando ha pasado por el lector ese espacio suficiente y trascendental de transformación o de formación definitiva del espíritu, es como leerle por primera vez: Brotan tantas chispas inéditas por sus páginas, se perciben tantos matices inadvertidos antes, que le convierten efectivamente en un volumen nuevo.

Jean Cocteau. ¡Qué influencia ha tenido este poeta no sólo en su generación literaria y en las inmediatamente sucesivas de Francia, sino también en las de otros muchos países! Merced a él, a su influjo, en España, por la pura virtualidad de su ingenio singular, pueden explicarse muchos malabarismos literarios de los años entre las dos grandes guerras. Hoy quizá no —salvo excepciones—. La poesía española ha dado en los últimos años un viraje en redondo y ha buscado (hablando en términos generales) otros cauces menos funambulescos, más en consonancia con la auténtica, con la secular tradición castellana.

Sin embargo, no puede negarse que leer a Cocteau conserva su encanto todavía, si no con emoción vigente, sí como cuando un fuego de artificio nos obliga a levantar la mirada hacia el cielo nocturno, deslumbrándonos con estallidos y chisporroteos. Jean Cocteau: «*Il boucle la boucle* —escribía hace años un biógrafo contemporáneo— *et pliant la poésie comme un linge qu'on peut tordre entre les mains, l'oblige a épouser des courbes nouvelles*» (2).

El libro «Poésie» es una recopilación de varios libros anteriores: «Le Cap de Bonne-Espérance», de 1918; «Poésies», de 1920; «Vocabulaire», de 1922; «Plain-chant», de 1923; adicionándose además algunas páginas inéditas, muy interesantes también, «Discours du Grand Sommeil».

En el grupo «Poésies», el más importante del tomo, se encuentran algunas páginas —pocas, ciertamente— que han retenido mi atención en esta relectura actual, hecha en Toledo, corazón milenario de España. Una es la titulada precisamente así, «España». Se trata de un poema trepidante de oblicuidades, con planos de imágenes entrecruzadas, de mucho color y fuerza; hay en él gitanas «como momias de cintura de oro», enaguas de claveles, mandíbulas de ébano gesticulantes, abanicos «borgnes», toros con astas florecidas de cuchillos, y sobre todo un final encantador, de plástico grafismo, saturado de intraducible delicia, que dice:

*Guitarre,
ó
trou de la mort.*

Otra página muy personal, escogida del conjunto titulado «Tombeaux», es una «Tumba de Don Juan», *quatrain* eneasílabo delicioso que yo he tenido la humorada de traducir en verso (con lo cual, de seguro, ha perdido toda su fragancia autóctona). Dice así mi versión:

*En España se adornan calles
como los palcos de la ópera.
¿Y esa bella desconocida?
Es la Muerte. Don Juan la adora.*

Pero el mayor interés reside en uno de los últimos poemas del grupo «Poésies» de 1920, citado, titulado «Gréco»; interés, ya lo he dicho, posiblemente sólo para mi gusto, en esta relectura toledana. Se trata de una composición breve, pero muy complicada, fuertemente impresionante, que ha sabido absorber hasta el fondo esa tremenda vibración de algunas pinturas del maestro de Creta; ello conseguido con un vocabulario arbitrario, sí, mas certeramente expresivo y vivaz, en el que se interfieren ranas muertas, dedos engarfiados, y esas tormentosas nubes imponentes, tan toledanas, exaltándose entre rocas gigantescas.

Leyendo este impresionante «Greco» he recordado, efectivamente, el maravilloso paisaje de Toledo, pintado por Theotocópuli, que guarda hoy el Museo Metropolitano de Arte, de Nueva York, obra maestra del pintor, quizá su lienzo más genial.

Pero, se me ocurre preguntar: ¿Ha estado alguna vez en Toledo Cocteau? ¿Ha contemplado alguna vez directamente este maravilloso escenario que fascinó un día, para siempre, al extraño pincel venido de una isla del Mediterráneo? ¿O, simplemente, la contemplación de algunas de sus prodigiosas telas —donde quiera que las contemplase el poeta— puso en conmoción, sugestionándola, la imaginación de este dúctil y maleable francés?

Escuchad algunas palabras del autor de «Bacchus» ante el Greco; ante el Greco inmerso en el paisaje de Toledo, dentro de un caserío y unas piedras electrizados:

*Les nuages de lingé et d'électricité,
bâtissent les maisons, les rocs de leur cité.
Ils attirent la foudre, ils appellent à l'aide...*

Y en cuanto al poeta en sí, ¿no puede afirmarse, con buen tino también, que se dan en esta página —tan breve como sugerente— las cualidades que ya señalaba hace tiempo Cassou, en un artículo atinadísimo, como características? (3): «Jean Cocteau juega un poco el papel de los alquimistas y de los astrólogos de otro tiempo... Recuerda a Mesmer y Cagliostro presentando, con sus prodigios y sus prodigiosas existencias, extrañas prestidigitaciones».

fernando Allué y Morer

(1) Jean Cocteau: «Poésie» (1916-1923), Paris. Éditions de la «Nouvelle Revue Française». 1925.

(2) «Anthologie de la Nouvelle Poésie Française». Aux éditions du Sagittaire. Kra, Paris 1924. Pág. 216.

(3) Jean Cassou: «Jean Cocteau». — «Les Nouvelles Littéraires», Paris. Número de 17 Septiembre 1932.